

**MODO DE DESARROLLO HUMANO:
Realización de la libertad y búsqueda de la felicidad**

*Mode of human development:
carrying out of freedom and search of happiness*

JULIO SILVA-COLMENARES*

Resumen

Este documento comienza por señalar la necesaria distinción que debe haber entre crecimiento y desarrollo, destacando que del crecimiento podría decirse que es económico, pero del desarrollo que es humano. Entendido el primero como la creciente disponibilidad de medios para satisfacer las necesidades materiales, sociales y espirituales y el segundo como su utilización para los fines propios de unas condiciones dignas de vida o de bien-estar o mejor-vivir de las personas. Se sugiere, así mismo, precisar más la diferencia entre «fuentes» y «motores» del crecimiento económico y sustituir como categoría principal en el análisis la concepción usual de modelo económico por la más compleja, pero esclarecedora, de modo de desarrollo. Como alternativa a la sociedad excluyente y cerrada del siglo 20, se señalan los rasgos de lo que podría ser un modo de desarrollo humano, el que debe tener como base la realización de la libertad y la búsqueda de la felicidad, lo cual requiere la acción mancomunada y complementaria del Estado, el mercado y la solidaridad social. Libertad y felicidad que no son fines en sí mismos sino caminos para avanzar hacia la «humanización de la sociedad» en una «humanidad globalizada». Para finalizar se propone la idea del *consumo necesario de los pobres* como una estrategia que ayudaría a la construcción de esa sociedad «centrada» en el ser humano.

Palabras clave: bien-estar, crecimiento económico, desarrollo humano, felicidad, libertad, modo de desarrollo

* Julio Silva-Colmenares. Economista y Administrador de Empresas. Magister en Administración y PHD en Economía de la Universidad de Rostock en Alemania. obdehumano@fuac.edu.co, vicepresidente@acceconomicas.org.co

Abstract

The paper remarks the difference between growth and development, in the sense that growth is a term related with economics but development is a term related with human progress. Growth is the accessibility of ways for satisfying the material, social and spirituals needs, meanwhile development is related with the well-being of the people. The paper suggests the need to work on the difference between «sources» and «engines» of economic growth and replaces as category of analysis the narrow concept of economic model by the wider concept of mode (manner) of development. As an alternative to the excluding and closed society of twenty century, this paper indicates the minimum characteristics in order to get a mode of human development, which must be based on the achievement of freedom and the pursuit of happiness; which requires the joint and complementary action of the State, the market and the social solidarity. Freedom and happiness are not ends in themselves but pathways toward the «humanization of society» in a «globalize humanity». At last, the paper proposes the idea of *poor's necessary consumption* as a strategic that would help to «build» a society «centered» on the human being.

Keywords: economic growth, freedom, happiness, human development, mode of development, well-being

ARTICULO DE INVESTIGACIÓN

RECIBIDO: FEBRERO 2010

ACEPTADO: FEBRERO 2010

1 Crecimiento económico y desarrollo humano: una distinción necesaria

Si bien las ciencias que tienen como objeto de estudio la naturaleza, en todas sus manifestaciones, tienden a tener definiciones unívocas de sus principales categorías o términos propios, en el caso de las que versan sobre la sociedad y el ser humano hay más ambigüedad, no sólo por las características de la realidad estudiada, sino porque cuenta también la cosmovisión de cada científico. Dada la multiplicidad de determinantes que hay detrás de cada fenómeno las segundas son ciencias menos exactas, ya que deben contemplar factores que pueden ser desconocidos, en el primer momento, o a los que se da distinta ponderación o interpretación. Como es natural, tales particularidades influyen en la explicación de las causas o efectos. Por tanto, las ciencias sociales y humanas son más complejas y difíciles que las ciencias naturales, aunque se cree que es al contrario. Aunque en las ciencias sociales prima mucho la incertidumbre –como se dice hoy, lo único permanente es el cambio--, tal principio orienta también la investigación en las ciencias de la naturaleza, más aún cuando se pasa de la física newtoniana y la física

cuántica. Por tanto, no es fácil la medición ni se pueden determinar con exactitud causas y efectos, pues puede ser frecuente el encadenamiento dialéctico de causa→efecto→causa o el desconocimiento de factores ocultos que pueden ser determinantes.

No obstante, existen categorías en las ciencias económicas que desde hace tiempo deberían ser más precisas, como «crecimiento» y «desarrollo», ya que son de vieja usanza. Así, por ejemplo, se aplica el calificativo «económico» de manera indistinta a los sustantivos «crecimiento» y «desarrollo», como si tales expresiones significasen lo mismo. Por consiguiente, se utilizan con frecuencia las categorías compuestas de «crecimiento económico» y «desarrollo económico» como si fuesen sinónimos, lo que se ha ido incorporando a los textos de Economía, ayudando a la confusión o imprecisión que muestra a veces esta ciencia. Pero mantener esta confusión o imprecisión, por más generalizada que esté, puede hacer más daño que provecho. Si bien no se desconoce que desde hace varias décadas diversos estudiosos han insistido sobre la conveniencia de esta distinción, hoy se quiere recalcar en que sea más preciso el

uso de los términos «crecimiento» y «desarrollo».¹

Incluso la definición de tales palabras ayuda a esta distinción. El diccionario de las Academias de la Lengua define «crecimiento», de manera sencilla, como la “acción y efecto de crecer” y «desarrollo» como la “acción y efecto de desarrollar o desarrollarse”, pero reconoce una acepción propia de desarrollo para la Economía: “evolución progresiva de una economía hacia mejores niveles de vida”. Ese mismo diccionario define que «económico», según la primera acepción del término, es lo “perteneiente o relativo a la economía”, la que define a su vez, en la tercera acepción, como “ciencia que estudia los métodos más eficaces para satisfacer las necesidades humanas materiales, mediante el empleo de bienes escasos”.² Como puede verse, esta última definición es restrictiva, pues desconoce que la satisfacción de las necesidades humanas sociales y espirituales también es objeto de actividad económica. En el mismo campo de lo económico, un diccionario reciente de Economía dice que por “crecimiento económico se entiende el

¹ ----

² *Diccionario de la Lengua Española*. Vigésima segunda edición. Espasa, Madrid, 2001, pp. 460, 515 y 583

incremento del ingreso real per cápita de la población, siendo el ingreso real medido a través del Producto Interno Bruto”.³

Desarrollo, en cambio, tiene un contenido más amplio y profundo, más interrelacionado y complejo. Un diccionario de Filosofía define desarrollo, en términos generales y con base en la dialéctica materialista, como “movimiento, cambio esencial y necesario en el tiempo”.⁴ Y el desarrollo de la sociedad, desde un punto de vista teórico similar, tiene como eje definitorio el “trabajo como intercambio de materia, de energía y de información entre la naturaleza y los hombres”, como “condición perpetua de la existencia y del desarrollo de la vida de la sociedad. (...) La vida de la sociedad es una forma especial, superior, de movimiento de la materia (...)”, como hace años dijo el filósofo soviético Vitali Rachkov.⁵

Es decir, el desarrollo, en su más amplia acepción, es movimiento o cambio esencial

³ Hasse H. Rolf, Schneider Hermann y Weigelt Klaus (editores), *Diccionario de Economía Social de Mercado*, Fundación Konrad Adenauer, México, 2004, p. 113.

⁴ Varios. *Diccionario de Filosofía*. Progreso. Moscú, 1984, p. 111

⁵ RACHKOV, Vitali. *El progreso social y la previsión científica*, en Varios. *Civilización, Ciencia, Filosofía*. Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1983, p. 219

y necesario en la naturaleza, la sociedad y el pensamiento. El desarrollo, como movimiento es infinito, pero como resultado concreto, témporo-espacial, es finito. El desarrollo no es movimiento lineal sino zigzagueante, casi siempre en espiral, aunque ello no niega la regresión o la implosión. Por eso, en los procesos socio-económicos las llamadas crisis⁶ son parte del desarrollo. Como nos enseña la dialéctica materialista, la tarea principal de la ciencia es descubrir la necesidad objetiva en la naturaleza, la sociedad y el pensamiento para ver, tras la apariencia exterior de los fenómenos, los nexos estables y esenciales que se dan en su interior y poder abstraer, de esa manera, las formulaciones científicas del caso.

Con el filósofo y premio Nobel de Economía Amartya Sen (1933-), la concepción sobre el desarrollo de la sociedad «da» un salto cualitativo, pues considera a la libertad no tanto como soporte básico del desarrollo sino

⁶ Recuérdese que crisis, vocablo que proviene del latín *crisis* y del griego *κρίσις*, en estos idiomas significaba mucho más que la idea estrecha que hoy expresa; en griego significaba discernir, escoger, distinguir, tener ojos críticos; también tiene relación con verbos como acrisolar y purificar. (Tomado de Frei Betto, *Mi nombre es crisis*, documento recibido por correo electrónico el 2 de diciembre de 2008 y proveniente del Servicio Informativo ALAI-Amlatina).

como sinónimo de desarrollo. La traducción al español de su libro de 1999 como *Desarrollo y libertad*, da la impresión de que entre estas dos categorías hubiese una posible disyuntiva, por el uso de la conjunción y. Pero si se ve el título original en inglés, *Development as freedom*, puede observarse que entre las dos existe una interrelación dialéctica: la libertad (freedom) es condición *sine qua non* del desarrollo (development) y el desarrollo no puede entenderse fuera de la libertad. Como dice en la introducción, el “desarrollo puede concebirse, como sostenemos en este libro, como un proceso de expansión de las libertades reales de que disfrutaban los individuos. El hecho de que centremos la atención en las libertades humanas contrasta con las visiones más estrictas del desarrollo, como su identificación con el crecimiento del producto nacional bruto, con el aumento de las rentas personales, con la industrialización, con los avances tecnológicos o con la modernización social. (...)”. Vista la libertad como «producto social», parece apropiada la síntesis que logra cuando la concibe “como las

capacidades individuales para hacer cosas que una persona tiene razones para valorar”.⁷

Cuando el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) empezó a preparar sus Informes sobre el Desarrollo Humano a principios de los años noventa, lo definió como “un concepto amplio e integral. Comprende todas las opciones humanas, en todas las sociedades y en todas las etapas de desarrollo. Expande el diálogo sobre el desarrollo, pues éste deja de ser un debate en torno a los solos medios (crecimiento del producto nacional bruto, PNB) para convertirse en un debate sobre los fines últimos. Al desarrollo humano le interesan tanto la generación de crecimiento económico como su distribución, tanto las necesidades básicas como el espectro total de las aspiraciones humanas, tanto las aflicciones humanas del norte como las privaciones humanas del sur. El concepto de desarrollo humano no comienza a partir de un modelo predeterminado. Se inspira en las metas de largo plazo de una sociedad. Teje el desarrollo en torno a las personas, y no las personas en torno al desarrollo”.⁸ El Informe

sobre Desarrollo Humano del PNUD correspondiente al año 2000 precisa mejor esta idea y señala que el desarrollo humano incluye, además de algunos indicadores económicos y sociales, “otras esferas de opciones”, como “la participación, la seguridad, la sostenibilidad, las garantías de los derechos humanos, todas necesarias para ser creativo y productivo y para gozar de respeto por sí mismo, potenciación y una sensación de pertenecer a una comunidad. En definitiva, el desarrollo humano es el desarrollo de la gente, para la gente y por la gente”.⁹ En los informes publicados hasta ahora se ha avanzado de manera sustancial en la «construcción» de una concepción integral de desarrollo humano, al tiempo que se realiza un análisis sobre la realidad mundial.

Sin duda, durante la mayor parte del siglo 20 se pensó que la tarea fundamental de las ciencias económicas era lograr el incremento de la producción de bienes y servicios, y se confundía «crecimiento» con «desarrollo», pero entre los años setenta y ochenta del siglo pasado se comprobó que tal incremento no era suficiente para alcanzar el mejor vivir

⁷ Sen Amartya, *Desarrollo y libertad*. Planeta, Bogotá, 2000, p. 19

⁸ Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo –PNUD-. *Desarrollo humano: Informe 1992*, Bogotá, Tercer Mundo, 1992, página 19

⁹ Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo –PNUD-. *Informe sobre desarrollo humano 2000*, página 19 (Tomado de la página de internet www.undp.org)

o la realización de los seres humanos. Por eso se insiste tanto en que si bien crecimiento económico y desarrollo humano son procesos distintos, deben ser simultáneos y complementarios, en un escenario propicio para la realización de la libertad y la búsqueda de la felicidad. O sea, el «crecimiento» es el medio y el «desarrollo» es el fin.

Visto lo anterior, «crecimiento», desde la perspectiva económica, debe entenderse como la creciente disponibilidad de bienes y servicios para satisfacer las necesidades materiales, sociales y espirituales de los seres humanos. Corresponde más al campo de la oferta. Y «desarrollo», también desde la visión de las ciencias económicas, debe verse como el mejoramiento de las condiciones de vida de los seres humanos, o su bien-estar, por medio de la satisfacción de sus necesidades y la realización de sus aspiraciones. Corresponde más al campo de la demanda. Del «crecimiento» puede decirse que es «económico», pero del «desarrollo» que es «humano». Si aquél es más cuantitativo que cualitativo, éste es más cualitativo que cuantitativo. Si el «crecimiento» es creación social de riqueza, disponibilidad de los bienes y servicios

necesarios para vivir, el «desarrollo» implica la distribución equitativa de la riqueza creada, la utilización de esos bienes y servicios para que los seres humanos puedan vivir mejor. De manera sintética el *desarrollo humano puede definirse como el ascenso del ser humano en la realización de sus capacidades y aspiraciones con base en la disponibilidad de oportunidades, en una escala de valores histórico-concreta.*

La más importante utilización de la oferta en cualquier sociedad moderna está constituida por el consumo de los hogares, entre cuyas «cuatro paredes» se encuentran todos los habitantes de una sociedad, sin distinción de clase social, edad, sexo o situación física. Pero por eso mismo, son bien diferentes y sus consumos muy diferenciados, sobre lo cual ejerce gran influencia el funcionamiento del mercado. Otra parte la consume una institución también muy importante en la sociedad moderna: el Estado, en todas sus manifestaciones. Y en el modelo de contabilidad nacional más usado, un tercer componente completa la demanda doméstica: La formación bruta de capital fijo, o inversión total. El consumo del Estado o la inversión también encuentran al final de su uso a los seres humanos, pues nada que se

hace sobre la faz de la tierra escapa a que llegue a ser usado o consumido por una persona o grupo de personas. Por último se encuentra la demanda externa, o consumo de producción nacional por agentes situados en el exterior; como en el caso de la oferta, todas las formas de la demanda pueden ser legales o ilegales, más o menos visibles.

De lo anterior se desprende que las «fuentes» básicas del crecimiento son los distintos componentes de la demanda, ya que de ellos depende, a la larga, el comportamiento de la oferta total. Diciéndolo de otra manera, la oferta doméstica (PIB) está determinada, siempre pensando en el mediano y largo plazo, así como en términos macroeconómicos, por factores externos a ella, lo que no niega que existan «motores» del crecimiento, esto es, factores que en ciertos momentos pueden obstaculizarlo o estimularlo, como son los cambios en la población, la inversión en capital físico o en el llamado hoy capital humano, el ritmo de la productividad y el contenido de la innovación, entre otros. La distinción entre «fuentes» y «motores» debe ser nítida, pues es muy diferente su papel en el proceso económico. Mientras las primeras son fundamentales, pues sin ellas no puede

haber reproducción ampliada, o crecimiento económico continuado, los segundos son complementarios, pues actúan sobre la oferta, en si, modificando sus condiciones intrínsecas, o sea, son simples medios para mejorar o acelerar el crecimiento económico.¹⁰ En realidad, los seres humanos terminan siendo «fuente» del crecimiento económico como consumidores, ya sean inmediatos o remotos, sin importar su posición social, así como «motor» del crecimiento económico como agentes en el proceso de trabajo –cualquiera que sea su posición respecto a éste--, con todo el bagaje de sus conocimientos, que de alguna manera es el conocimiento acumulado por la humanidad.

¹⁰ Esta distinción se aparta de la propuesta presentada por Robert Solow a mediados del siglo 20 (típica del pensamiento neoclásico) que plantea que los «motores» del crecimiento son la acumulación de capital, el incremento de la población trabajadora y el aumento de la productividad multifactorial. (Véase el muy mencionado artículo *A contribution to the theory of economic growth*, en *Quarterly Journal of Economics*, vol. LXX, No. 1, 1956). En este sentido, Solow mezcla «fuentes» con «motores», pues mientras la acumulación de capital es una «fuente», ya que supone el consumo de una producción anterior, la población trabajadora y la productividad si son «motores», pues por si mismos no pueden mantener el crecimiento constante en el tiempo, pero si mejorarlo o acelerarlo.

2 De modelo económico a modo de desarrollo: una sustitución necesaria

Hoy, en el gozne entre siglos y milenios, se busca, sin desconocer la incertidumbre, un nuevo paradigma del desarrollo de la sociedad humana, ante el evidente fracaso de las «recetas» utilizadas hasta ahora para alcanzar lo que se espera sea el objetivo: el desarrollo integral del ser humano. De otro lado, en el siglo 20 se hizo consciente la idea de que es necesario «construir» el futuro, pero ya no como producto de un instinto individual sino de un proceso social, cuyos resultados no están predeterminados. Esta forma compleja de acercarse a la realidad la hemos llamado «pragmatismo dialéctico». Para avanzar por el camino hacia un nuevo paradigma para la sociedad humana, hay que sustituir como categoría principal en el análisis la concepción usual de modelo económico por la más compleja, pero esclarecedora, de modo de desarrollo. Esta distinción no es caprichosa, pues no sólo supone rescatar concepciones prístinas de la Economía Política sino estar más cerca del contenido que llevan sus definiciones.

Según el Diccionario de las Academias de la Lengua Española, que presenta una extensa lista de definiciones de la palabra modelo, en

las dos más cercanas a lo que nos interesa, su contenido tiene relación estrecha con la idea de arquetipo que se imita o reproduce, o con la de “esquema teórico, generalmente en forma matemática, de un sistema o de una realidad compleja (por ejemplo la evolución económica de un país), que se elabora para facilitar su comprensión o el estudio de su comportamiento”. Partiendo de esta definición, podría entenderse el modelo económico más como un instrumento para conocer el comportamiento de la producción, distribución y consumo de bienes y servicios que como un medio para «pensar» el desarrollo de una sociedad. Por tanto, más adecuado para conocer el pasado, lo que ocurrió, que para soñar el futuro, pues tiende a ser rígido, inflexible. En cambio, la definición de las academias de la palabra modo, de la cual también dan una larga lista, está más cerca, en lo que nos incumbe, de expresar la “forma variable y determinada que puede recibir un ser, sin que por recibirla se cambie o destruya su esencia”, o “forma o manera particular de hacer una cosa”. Por tanto, hablar de modo de desarrollo permite desbordar el mero aspecto económico, que a veces se confunde con su expresión matemática, y asumir una

concepción más integral de la sociedad, para develar su esencialidad.

Con base en estas ideas, el concepto de modo de desarrollo supone formular preguntas sobre la sociedad que se tiene y sobre lo que se quiere que ella sea en el futuro. Con base en el pragmatismo dialéctico, la discusión sobre modo de desarrollo supone hablar más de valores que de precios, más de la esencia que del fenómeno, más del contenido que de la forma, más de lo microeconómico y microsocioal que de lo macroeconómico y macrosocioal. Por tanto, el análisis de sus determinantes va más allá de la ciencia económica, incluso más allá de las ciencias sociales y humanas, y compromete, en primera instancia, a todo científico que tenga algo para decir sobre la sociedad, pero a la larga compromete a todas las personas. En este marco, consideramos que el verdadero factor capaz de crear riqueza es el ser humano, por ser el único que posee creatividad y capacidad de innovación. En realidad, Los factores inanimados (capital físico o dinerario y tierra) sólo ayudan a dar forma a los bienes y servicios creados por el trabajo de los hombres y las mujeres.

En este sentido, podría definirse el *modo de desarrollo* como la forma variable y particular de satisfacer una sociedad las necesidades materiales, sociales y espirituales verdaderas de sus miembros, lo que supone indagar desde lo más complejo y permanente de la organización social, como las creencias religiosas, la propiedad y la producción, hasta lo más simple y cotidiano, como los hábitos de alimentación, la moda en el vestuario y las formas de entretenimiento. Este modo de desarrollo está «atravesado» por el contenido y el ritmo del crecimiento económico y los aspectos que se determinen prioritarios en el desarrollo humano. En resumen, un nuevo modo de desarrollo debe entenderse no tanto como una formulación econométrica cuanto como el establecimiento de unos propósitos estratégicos que en el marco de una concepción determinada del crecimiento económico y el progreso humano propone unos resultados definidos por medio de unas políticas y medidas específicas. Hay que avanzar hacia la «utopía posible»¹¹ de un

¹¹ Posible, en cuanto el Diccionario de la Lengua Española (vigésima segunda edición, p. 1534) define utopía como “Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”. Si bien la etimología más aceptada de la palabra utopía se vincula con las expresiones griegas ού «no» τóπος

modo de desarrollo humano con base en la realización de la libertad y la búsqueda de la felicidad. Entendida la libertad como una «construcción social», esto es, resultado del esfuerzo mancomunado de la sociedad para garantizar a todas las personas las condiciones de una vida digna, y la felicidad como la «opción individual» que se toma ante diversas oportunidades, y que debe respetarse mientras no afecte de manera negativa a otras personas.

3 La realización de la libertad y la búsqueda de la felicidad

3.1 La sociedad moderna: del individuo a la humanidad «globalizada»

Los resultados de la actividad económica en la mayoría de los países del mundo durante los últimos decenios obligan a recuperar la

«lugar»: lugar que no existe, en las anotaciones de pie de página que trae la edición de Utopía de Thomas More revisada por Ralph Robynson (Ediciones Folio, Barcelona, pág. 120) se dice que también puede provenir de eú «bueno» o «feliz», por lo que podría significar lugar bueno o feliz o tierra de la felicidad, que también es la idea que transmiten diversos textos de la época griega.

concepción prístina de la Economía Política, la que a su vez debe ser una nueva Economía Política que tenga como finalidad el desarrollo integral del ser humano, sin que ello niegue el crecimiento económico, entendido como la utilización inteligente de los recursos disponibles para producir los bienes y servicios que satisfacen las crecientes necesidades de la población. Por tanto, la acumulación y consumo de bienes no puede convertirse en el fin fundamental de la sociedad. Sobre esta base, un enfoque pragmático pero dialéctico de la historia reciente enseña que la «estadofobia» con «mercadofobia» no es la solución, como tampoco lo es la «mercadofobia» con «estadofobia», pues ninguna de las dos concepciones ha permitido avanzar hacia la solidaridad social que sustenta el desarrollo humano. La consunción del «modelo» impuesto por la extinguida Unión Soviética, que representaría la primera de estas concepciones [«estadofobia» con «mercadofobia»], pero la rápida obsolescencia del «modelo» recomendado por el Consenso de Washington, que representaría la segunda [«mercadofobia» con «estadofobia»], confirmarían que el fundamentalismo sólo lleva a «callejones sin salida». Crece el número de quienes piensan

que entre Estado y mercado no existe una contradicción insoluble sino dialéctica, esto es, que se soluciona en el proceso de desarrollo, pues en su mayoría son diferencias que pueden armonizarse y funciones que deben complementarse. Al tiempo de que Estado, mercado y solidaridad no son excluyentes sino complementarios, debe entenderse que puedan sufrir transformaciones esenciales.

De esta manera, se necesita un esfuerzo sinérgico conjunto pues la historia comprueba que si bien el mercado es el escenario adecuado para garantizarle al individuo el ejercicio de sus opciones, casi nunca la «mano invisible» de la competencia logra hacer la mejor asignación de los recursos, pues la fuerza de quienes ocupan posiciones dominantes produce efectos perversos que son a veces bastante visibles. Los valores que dan contenido al desarrollo humano integral no pueden sujetarse a la racionalidad del mercado o del costo-beneficio. Por tanto, el Estado tiene la responsabilidad ineludible de ser el «cerebro ecuánime» que establece reglas del juego transparentes y orienta y regula la actividad económica, sin pretender reemplazar al mercado, como fue la tendencia teórica y

práctica durante el siglo 20. Y al mercado y al Estado hemos de añadir el «corazón altruista» de la solidaridad social, para crear mecanismos de compensación que lleguen a quienes de verdad la merecen y poder reducir de manera sustancial los factores que excluyen a la mayoría de la población de los beneficios del progreso. En este sentido, hay que tener en cuenta que Estado y mercado son conquistas de la humanidad, y que ambas instituciones, junto con la solidaridad social, tienen una función esencial en la realización de la libertad y en la búsqueda de la felicidad, como finalidad de la vida social. La propuesta de un modo de desarrollo humano en condiciones de libertad y felicidad, como nuevo paradigma, tiene una tríada de soporte que, además de un mercado abierto y democrático, incluye un Estado estratega y comunitario y una solidaridad social eficaz y sostenible.

Pero la libertad y la felicidad no son destinos, sino caminos que la sociedad ha recorrido durante miríadas de años en búsqueda de utopías que coloca como horizonte inasible y movable, en especie de signos cardinales en el ascenso hacia la humanización. Pero este anhelo, más que milenario, debe realizarse ahora en la aldea

mundial en construcción. En ese sentido, se entiende la globalización como el tránsito progresivo pero cada vez más acelerado hacia una sociedad mundial que integra, en contradicción dialéctica, lo local, lo nacional y lo internacional, tránsito que está determinado por el desarrollo e introducción de la revolución científico-técnica –RCT- a la producción, distribución y consumo, ya sea de bienes o de servicios. La globalización no puede convertirse en un fin, pues su razón de ser es la persona humana como ser social, así como tampoco puede identificarse un medio –el mercado– con una finalidad –la búsqueda de una sociedad global–. De otro lado, parecería que el paradigma es buscar la identidad en la diversidad. La sociedad humana, por su propia naturaleza, debe ser global, pero cada ser humano es un individuo irrepetible. O diciéndolo de otra manera, lo esencial de la civilización humana es la tendencia hacia la «globalización», con una afirmación de la individualidad.

La globalización puede homogeneizar con qué vivir pero no cómo vivir, o sea el modo de pensar, sentir y actuar. En otras palabras, es evidente el avance hacia un mundo cada vez más homogéneo en lo material pero más

heterogéneo en lo espiritual. La producción y el consumo se uniforman pero los grupos humanos se diversifican. Pero este proceso no es producto súbito de los lustros finales del siglo 20. Puede decirse que su marcha se aceleró desde finales del siglo 15, cuando los grandes descubrimientos geográficos posibilitaron el tránsito de los mercados locales a los nacionales y mundiales, con el consiguiente paso de las ciudades-Estado al Estado-nación, y se aceleró con el Renacimiento, cuando las concepciones humanistas sustituyeron a las teológicas en el fundamento del pensamiento. La expansión y profundización del desarrollo capitalista desde el siglo 16 impulsaron el proceso de «mundialización», como ya lo preveía a mediados del siglo 19 *El Manifiesto Comunista* elaborado por los filósofos y economistas Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895).

Hoy, al analizar la globalización y la RCT como procesos simultáneos y complementarios interesa tener en cuenta, siguiendo la dialéctica materialista, que la ciencia y la tecnología transforman la ideología [cambios en el modo de producir y consumir modifican la forma de pensar los seres humanos], pero a su vez los cambios

en la ideología transforman la ciencia y la tecnología [nuevos modos de pensar modifican las necesidades materiales, sociales y espirituales y la manera de satisfacerlas]. La ideología, la forma de pensar, y la ciencia y la tecnología, la forma de hacer, cada vez están más juntas y caminan de la mano. Pero ni la ciencia y la tecnología es lo único que mueve al mundo, ni la ideología ha muerto, como lo pregona cierto discurso que pretende tener de su lado la verdad. La verdad está en la realidad y en la realidad ciencia y tecnología e ideología se ínter-influyen, en contradicción dialéctica, y actúan de consuno, transformando a velocidades impresionantes las formas de pensar y de hacer.

3.2 La libertad: condición *sine qua non* del desarrollo humano

La autonomía y la responsabilidad, que suponen la libertad de los demás y la valoración de sí mismo, hacen de la libertad un «producto social» que se amplía poco a poco y no es absoluto, ya que está limitado por las opciones de que se disponga en realidad para satisfacer las necesidades concretas; ello comprueba que la equidad

requiere un escenario de libertad y que la realización de la libertad implica la utilización de medios concretos que, desde el punto de vista económico, tienen un precio mercantil que debe sufragarse. Los planteamientos de Amartya Sen llevan de nuevo a la idea de que entre libertad y necesidad existe una estrecha relación dialéctica, razonamiento que tampoco es reciente. El filósofo alemán Guillermo Federico Hegel (1770-1831) ya analizaba a principios del siglo 19 esta relación. Por consiguiente, la libertad no puede quedarse en la definición primitiva e ingenua de entenderla como la posibilidad de hacer lo que se quiera sin constricción o restricción alguna, abusando de la autodeterminación, la que se ve como ausencia de limitaciones para el individuo. Para quienes hacen de la «mercadolatría» el dogma de fe de un nuevo fundamentalismo económico la libertad se queda en esa definición primitiva, pero la ampliación de la libertad económica no puede ser para el beneficio de unos pocos que controlan el conocimiento y la propiedad. Como muy bien lo dijo Engels hace más de un siglo, “la libertad no consiste en una soñada independencia respecto a las leyes naturales, sino en el reconocimiento de esas leyes y en la posibilidad, así dada, de

hacerlas obrar según un plan para determinados fines”. Y a continuación precisa que la “libertad consiste, pues, en el dominio sobre nosotros mismos y sobre la naturaleza exterior, basado en el conocimiento de las necesidades naturales; por eso es necesariamente un producto de la evolución histórica. Los primeros hombres que destacaron de la animalidad eran en todo lo esencial tan poco libres como los animales mismos; pero cada progreso en la cultura fue un paso hacia la libertad”.¹²

En consecuencia, la libertad supone la posibilidad de resolver la necesidad, pero no bajo una ciega causalidad, sino como posibilidad que siempre implica riesgos. En consecuencia, el ejercicio de la libertad no puede llevar al libertinaje, como desenfreno o uso abusivo de las posibilidades. Libertad, libre albedrío o autonomía que debe ejercerse, por añadidura, en un mundo de incertidumbre, unido, además, en la diversidad, en donde todo está entretejido. Por tanto, si bien la libertad se realiza en el individuo, es una conquista de la humanidad que se da en el marco de la vida social.

Cuando se vincula libertad con felicidad es pertinente la observación que hiciera a mediados del siglo 20 el psiquiatra y filósofo alemán Karl Jaspers (1883-1969): “A nadie se le puede obligar a ser feliz”. La felicidad supone la libre opción, pero para que la opción sea libre debe darse en condiciones de equidad, o sea de igualdad de oportunidades. Y como un fundamento esencial de la libertad con equidad es el acceso democrático al conocimiento, así como la disposición suficiente y oportuna de información, a medida que se desarrolla la sociedad del conocimiento mayores posibilidades se tienen para conquistar la libertad, al tiempo que en la sociedad del conocimiento la libertad es indispensable, pues es imposible aprender a pensar bajo un régimen autoritario. Pero no puede olvidarse que el paso de la posibilidad a la realidad implica un esfuerzo humano consciente que debe traducirse en acciones concretas a través de medios materiales específicos cuya adquisición debe hacerse en términos mercantiles.

La libertad, en abstracto, no existe, ya que siempre será un conjunto de libertades específicas, concretas, con precisa delimitación témporo-espacial en cada

¹² Engels Federico, *AntiDüring*, Grijalbo, México, 1962, p. 104

sociedad. Sin duda, una de las razones sustanciales del surgimiento del Estado de derecho fue esa: darle protección jurídica a intereses que la sociedad valora como válidos y que, por tanto, deben tener una garantía superior a la fuerza individual. Es decir, la satisfacción de las necesidades humanas que cada sociedad reconoce como un valor y decide proteger para su comunidad debe tener como garante el poder social del Estado. Pero esa protección tampoco es abstracta, inasible. Por tanto, nadie es libre si no cuenta con una dotación mínima de elementos para poder disfrutar con autonomía de esa satisfacción. Durante los siglos 17, 18 y 19 se avanzó en la protección de un catálogo creciente de derechos civiles y políticos. Durante el siglo 20 el turno fue para los derechos sociales, los que también fueron ampliándose y profundizándose.

3.3 La felicidad: ascenso en el proceso de «humanización»

Sobre la felicidad puede decirse, así no haya una definición unívoca, que tampoco es, como la libertad, un anhelo reciente de la humanidad. Hace 26 siglos, en la Grecia

antigua, una de las primeras menciones sobre la felicidad es atribuida a Tales de Mileto (624?-548 a.n.e.¹³). Casi dos siglos después, Demócrito (460?-370 a.n.e.) hace referencias sustanciales sobre la felicidad y Aristóteles (384-322 a.n.e), alumno de Platón y filósofo idealista objetivo, uno de los primeros en exponer de manera sistemática la lógica analítica, plantea que el fin último del ser humano es la felicidad, pero no reducida al placer, los honores o la riqueza, sino como la manera de ser conforme a ciertos valores. Sorprende que una definición tan anterior en el tiempo, contemple como esencial lo mismo que hoy se pretende recuperar: la felicidad es una opción individual que tiene que ver con los valores que cada persona reconoce o acepta. Luego, en la época de la Ilustración, uno de sus principales representantes, el filósofo, sociólogo y teórico de la pedagogía Jean Jacques Rousseau (1712-1778), plantea en su *Discurso sobre el Origen de la Desigualdad entre los Hombres* (1755) que los seres humanos en estado natural son, por definición, inocentes y felices, y que es la civilización la que impone la desigualdad, en

¹³ a.n.e. = Antes de nuestra era, contada a partir del nacimiento de Cristo, aunque hay discusión sobre la fecha exacta. El signo de ? indica que no hay seguridad sobre el año.

especial a partir del surgimiento de la propiedad privada, lo que les acarrea la infelicidad.

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos en 1776, el mismo año en que el economista y filósofo escocés Adam Smith (1723-1790) publicara su libro *Sobre la riqueza de las naciones*, también incorpora esta idea, «*the pursuit of happiness*». Como se lee en el preámbulo, “Sostenemos como evidentes por sí mismas dichas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad”. Y en nuestra América, El Libertador Simón Bolívar (1783-1830) proclamó al instalar el congreso de Angostura en febrero de 1819: “El sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad posible”.¹⁴ El pensador inglés Jeremy Bentham (1748-1832), contemporáneo de Bolívar, uno de los fundadores del utilitarismo y de lo que se llamó en su época la «aritmética moral», con

¹⁴ Bolívar, Simón. *Obras Completas. (Compilación de Vicente Lecuna). Tomo V.* Reimpresión de Ecoe editores, Bogotá, 1979, pp. 339 y 340

el principio del altruismo [asegurar la máxima felicidad para el máximo número de personas], también dijo que la mejor sociedad es aquella en la que sus ciudadanos son más felices. En 2006 el literato y ex presidente colombiano Belisario Betancur (1923-), dijo en un encuentro de escritores realizado en Cartagena: “La política es el arte de dirigir al pueblo en busca de la felicidad”.¹⁵ Este sucinto repaso histórico muestra que de manera lenta pero persistente avanza la idea de que un mundo mejor es posible, y que para llegar a ese mundo es necesario avanzar también en el reconocimiento de la felicidad como un objeto de estudio científico.

Sin duda, hablar de felicidad en algunos medios académicos todavía suena extraño, pues se le considera un asunto superficial o trivial. Pero avanza con rapidez el reconocimiento de la felicidad como algo importante en la vida de las personas, pero que también tiene efectos significativos en la vida de la sociedad. En 2006 el reconocido diario estadounidense, The New York Times, informaba que en más de 200 universidades se ofrecen diversos cursos que

¹⁵ Cita tomada del editorial del diario Portafolio del 7 de febrero de 2006, en donde se transcriben frases pronunciadas en el Hay Festival, realizado en enero de ese año en Cartagena (Colombia).

tienen como tema central la felicidad; incluso en la prestigiosa Universidad de Harvard es la clase electiva con mayor asistencia. El fundamento teórico de esta electiva, la Psicología Positiva, es un movimiento científico fundado en 1998 por el profesor estadounidense Martin Seligman (1943-), de la Universidad de Pensilvania, para acercarse de una manera nueva a la complejidad de la psiquis humana. Como puede verse, la Psicología Positiva es un medio auxiliar valioso para entender la búsqueda de la felicidad en el proceso de desarrollo humano, ya que la felicidad se mueve en el campo de las opciones del individuo, de aquello que es valioso o a lo que le da valor cada persona, para lo cual juegan un papel determinante sus fortalezas.

Como es natural, con el paso del tiempo ha cambiado el contenido de la categoría felicidad. Hay que recordar que durante el siglo 20 se produjo una abundante literatura sobre el significado y las implicaciones de la felicidad, vinculada, en particular, a las concepciones teóricas de la economía del bienestar y su ejecutoria más relevante, el Estado del bienestar. Cuando el economista inglés Arthur Cecil Pigou (1877-1959), quien reemplazó a su maestro y mentor

Alfred Marshall (1842-1924) en la cátedra de Economía Política en la Universidad de Cambridge, publicó en los años treinta su libro *The Economics of Welfare*, dijo que el bienestar humano, en su expresión integral, es el “principio y fin que rige la forma y extensión de la ciencia económica”. A ideas similares se han referido muchos otros autores. Sin duda, la categoría o concepto felicidad adquiere cada día mayor relevancia en las ciencias sociales y humanas y aumentan los centros de investigación y los investigadores dedicados a esta problemática, así como la literatura sobre el particular.

Es nuestro propósito incorporar la felicidad como elemento o categoría central en la reflexión sobre el desarrollo, pues corresponde a uno de los preceptos fundamentales de la Economía Política, desde hace más de 200 años: las personas buscan aumentar al máximo su bienestar, entendido como componente esencial de la felicidad. Incluso empiezan a existir países que hacen de la categoría felicidad una variable, ya no macroeconómica sino macrosocial, que debe definirse, medirse e incorporarse a la contabilidad nacional. Es el caso de Bhután, pequeño reino budista

enclavado en el Himalaya. Como se lee en una nota periodística, “Hace unos años, el gobierno de Bhután rechazó los indicadores típicos para medir el progreso, reemplazándolos por un modelo innovador llamado “Felicidad Nacional Bruta (GNH, por su sigla en inglés)...”¹⁶ Así mismo, el Boletín del Fondo Monetario Internacional informa que, aunque “la felicidad nacional general, un concepto muy propio del Reino de Bhután podría hacer reír a más de uno, sus cuatro pilares (desarrollo socioeconómico sostenible y equitativo, conservación del medio ambiente, preservación y promoción de la cultura y el buen gobierno) son aspiraciones lógicas de todo país. Esta filosofía de desarrollo holístico ha guiado a Bhután a lo largo de tres décadas (...).”¹⁷

Como ejemplo de trabajo académico universitario puede recordarse que en 1992 los estudiantes colombianos Julio M. Silva Salamanca e Iván Darío Hernández Umaña ganaron un concurso latinoamericano estudiantil de ensayo económico con un

trabajo titulado *Sea F la función de felicidad...*, cuyo epígrafe inicial es la siguiente «reflexión» de Mario Moreno ‘Cantinflas’: “El primer deber del hombre es ser feliz, y el segundo hacer felices a los demás”. Este corto ensayo comienza por señalar que en su elaboración se ve a la felicidad de manera explícita, aunque muchos economistas la utilizan en sus modelos de forma implícita, y que por “ser tan implícita algunas veces ni la ven, y otras veces al darse cuenta, se avergüenzan de ello”. Entre sus resultados finales destacan que “una condición necesaria para ser feliz, es obtener un ingreso, mas sin embargo, ésta no es una condición suficiente para ello”, por lo que “avenimos una ley, intuitivamente adaptada, que denominamos: propensión marginal de la felicidad”. Y que la “utilidad en sí misma no es la felicidad, por tanto el cálculo de la felicidad, si éste fuese posible, no es el mismo cálculo de la utilidad...”¹⁸ Alberto Carrasquilla recuerda, en un artículo de prensa, que en el año 2000 empezó a circular una publicación académica trimestral denominada *The Journal of Happiness Studies* y que ya “existe un

¹⁶ El secreto de la felicidad nacional, página de The Wall Street Journal en El Tiempo, 13 de octubre de 2004, p. 1-17

¹⁷ Bhután y la búsqueda de la felicidad nacional, Boletín del FMI, año 2005 (5 de septiembre), p. 262

¹⁸ Silva Salamanca Julio M. y Hernández Iván Darío, *Sea F la función de felicidad*, Universidad Nacional, Facultad de Ciencias Económicas, Bogotá, 1992, p. 19

volumen bastante importante de estudios acerca de las características y la naturaleza de la felicidad humana”.¹⁹

La evidencia estadística disponible muestra que es muy distinta la percepción que se tiene sobre la felicidad según diversas condiciones de vida y forma de pensar. Así, por ejemplo, una investigación adelantada por Alberto Alesina, Rafael Di Tella y Robert MacCulloch encontró que entre las personas que se identifican con el pensamiento de «derecha» en los Estados Unidos es mayor la proporción de quienes se declaran «muy felices», 37%, mientras que entre quienes tienen la misma percepción pero se consideran de «izquierda» el porcentaje es más bajo: 30%. Igual ocurre en Europa, aunque allí se midió la percepción de satisfacción. De acuerdo con la investigación, ello obedece a una muy diferente apreciación sobre la pobreza y la inequidad en la sociedad. Esta misma investigación encontró que la percepción de felicidad cambia según la opinión que se tenga sobre la movilidad social y la igualdad de oportunidades. La mayor creencia que expresan los estadounidenses al respecto, permite que sus pobres sean «menos

infelices» que los europeos. En ambas sociedades fue evidente que las personas aceptan la intervención estatal para corregir la concentración del ingreso y la centralización del capital, pero a medida que se cree más en la movilidad social y la igualdad de oportunidades se confía menos en la intervención directa para alcanzar tal fin.²⁰

Otros estudios ofrecen perspectivas y resultados diferentes pero interesantes para la investigación. En una nota titulada *La economía de la felicidad* la revista *Dinero* reseñó la publicación por Carol Graham y Stefano Pettinato, investigadores del Centro de Dinámica Social de Brookings Institutions, del libro *Happiness and Hardship: Opportunity and Vulnerability*, en donde construyeron “un índice del grado de felicidad de los ciudadanos” de América latina, según opiniones comparables de 17 países del subcontinente. Para terminar, en la nota se hace esta insinuante pregunta: “¿No es tiempo de pensar que la felicidad es una dimensión más relevante para el análisis social que el ingreso, la pobreza o la

¹⁹ El Tiempo, 27 de diciembre de 2000, pp. 1-11

²⁰ Tomado de Portafolio, 27 de septiembre de 2001, p. 32, reseña sobre el trabajo de Alberto Alesina, Rafael Di Tella y Robert MacCulloch, *Inequality and Happiness: Are Europeans and Americans Different?*, NBER Working Paper N° 8198.

ilegalidad?”²¹ Como cree el autor de esta ponencia, y un creciente número de investigadores, hay que comenzar a cuantificar la Felicidad Nacional Bruta, sin que deje de medirse el PIB o indicadores similares. Después, la misma revista publicó un informe en donde destaca que “encontró más de 20 trabajos recientes en la literatura internacional sobre la nueva economía de la felicidad”. Con base en la revisión de algunos de esos trabajos, en el informe se plantea que si bien la “conexión entre ingreso y felicidad no es muy estrecha para comparar países o una sociedad a lo largo del tiempo, (...) quienes se sienten con menor ingreso en cualquier sociedad sí se sienten menos felices”. Pero de otro lado, la experiencia de los países más industrializados muestra que crecimientos significativos del ingreso per cápita no conducen siempre a avances similares en la felicidad. “Estados Unidos –dice el Informe– es un caso claro. El porcentaje de gente que hoy se declara feliz no es muy distinto al que se registraba hace 30 años, a pesar de que el ingreso per cápita es casi el doble. La evolución de Japón no es muy distinta”. Los colombianos –concluye el Informe con base en estudios econométricos– “podríamos

²¹ Revista Dinero, 30 de marzo de 2001, p. 18

obtener más felicidad si tuviéramos más intensidad democrática, mayor riqueza y una actitud más abierta ante el mercado, mientras que el efecto cuantitativo de una mayor cantidad de educación o menor desempleo no sería mucho”.²² La felicidad aumentaría mucho más si, además, se modificaran nuestros valores.

Al pasar a otro punto de vista, hay que decir que la felicidad no puede confundirse con lo que la sociedad moderna llama a veces «éxito». En el Informe de la revista Dinero citado más atrás, el profesor de economía Alejandro Sanz de Santamaría señala que la felicidad con base en ese tipo de «éxitos» externos es fugaz y que la “búsqueda de esa falsa ‘felicidad’ amarra las personas a lo material-inmediato, las aleja de lo espiritual-trascendente y las arrastra hacia la corrupción y la violencia”.²³ También en la línea de investigar sobre la felicidad y la naturaleza humana, sorprende encontrar que esta relación ha llegado hasta la culinaria a través de lo que se llama la gastronomía molecular, peculiar disciplina que interrelaciona gente de ciencia con cocineros profesionales. El físico y químico británico Nicolás Kurti considera lamentable que se

²² Revista Dinero, 27 de abril de 2001, pp. 44-50

²³ Revista Dinero, 27 de abril de 2001, p. 46

sepa “más sobre la temperatura en el núcleo de una estrella que en el centro de un soufflé”. Y el gastrónomo francés Brillant-Savarin dice que “el descubrimiento de un nuevo plato aporta más felicidad a la humanidad que el descubrimiento de una estrella”, exageración que vista en términos apropiados es una reflexión razonable.²⁴

La idea propuesta de felicidad está muy lejos de la vanidad, el hedonismo o el placer fácil y más cerca de la serenidad y la armonía que sugiere como pauta de vida un escritor y premio Nobel como José Saramago (1922-), quien desde la alta cumbre de la literatura no niega su condición de ateo y marxista. Al preguntarle el periodista español Juan Arias acerca de la felicidad y el dolor, el Nobel portugués respondió: “Vivir en armonía no significa que no tengas conflictos sino que puedas convivir con ellos con serenidad... Puedes librar una batalla, pero es una batalla sin dramatizar, simplemente vivida con serenidad, con armonía”. La idea propuesta de felicidad –se insiste-- trasciende el campo de lo económico, sin negar que la realización de la felicidad, en lo material, supone la utilización de bienes y servicios específicos que se mueven en relaciones

²⁴ El Tiempo, 10 de mayo de 2001, pp. 2 y 11

mercantiles. Por eso debe incorporarse la felicidad, junto a la libertad, como condiciones de un nuevo modo de desarrollo y no sólo de un modelo económico, pues éste implica una concepción menos profunda y con menor amplitud.²⁵

En coincidencia con estas ideas, uno de los economistas más importantes del siglo 20, el norteamericano John Kenneth Galbraith (1908-2006), enumera en su libro *Una sociedad mejor* las características que a su modo de ver debe tener una sociedad buena. El profesor colombiano y académico en ciencias económicas Julián Sabogal Tamayo en una breve referencia al libro y ante la

²⁵ Al respecto puede verse el artículo *Felicidad: La evolución como categoría científica y la relación con el desarrollo*, revista de la Información Básica, DANE-CANDANE, Bogotá, volumen 3 No. 1, junio de 2008, pp. 62 a 77, que resume la investigación del mismo título, realizada por el Observatorio sobre Desarrollo Humano con el patrocinio financiero del DANE. La investigación tuvo como investigador principal a Julio Silva-Colmenares y como investigadores auxiliares, por parte de la Universidad Autónoma de Colombia, a Lilia Stella Quintero Mahecha, economista, especializada en Gerencia Financiera, magíster en Filosofía y profesora de las universidades Autónoma e Incca de Colombia, y por parte del DANE, a Diana Stella Contreras Suárez, economista, cursante de la Maestría en Economía de la Universidad Nacional de Colombia, analista profesional en el DANE y coordinadora del grupo de apoyo a la investigación; Claudia Yanira Hernández Villamizar, psicóloga, especialista en Comunicación Organizacional y en Aprendizaje Autónomo y analista profesional del DANE, y Lina María Fajardo Suárez, economista y analista profesional en el DANE.

pregunta de qué es una sociedad buena, responde con Gailbraith: Es aquella donde “cada uno de sus miembros, a despecho del género, la raza u origen étnico, tenga acceso a una vida gratificante”. Es decir, que “nadie puede quedar al margen y sin ingresos, condenado a la inanición, a carecer de vivienda, a la enfermedad sin tratamiento o a privaciones similares”.²⁶

En ese sentido, tampoco puede limitarse la felicidad a ser un simple «bien útil» para el crecimiento económico o instrumento para la acumulación de recursos. Esa ética utilitarista, que considera la utilidad como principio de la moral, impide ver que la felicidad, como la libertad y otros valores sustantivos, es un bien deseable por sí mismo, que no puede sujetarse a cálculos de costos marginales, o costo-beneficio, sin desconocer la importancia de la matemática en su cuantificación como un bien público por excelencia, que, como se dice en la jerga económica, tiene efectos de alta externalidad positiva. Lo anterior no niega que el consumo de los bienes y servicios que coadyuvan a la felicidad --sin ser la felicidad-- contribuye al crecimiento económico. Como se ha insistido a lo largo

de estas páginas, el crecimiento económico y el desarrollo humano, en condiciones de libertad y felicidad, deben ser procesos paralelos y complementarios.

4 El consumo necesario de los pobres: Una estrategia para recuperar al ser humano

Entre los aspectos que explican la crisis mundial y justifican el necesario cambio de paradigma en el modo de desarrollo, se encuentra un problema que no se ha estudiado con detenimiento: a medida que *aumenta el valor del trabajo* --los trabajadores poseen mejores conocimientos con mayor escolaridad, amplían sus habilidades, debido a una experiencia laboral más diversificada, y su vida es más sana y prolongada-- *disminuye el precio que se reconoce por el trabajo*. Esta brecha se manifiesta en términos macroeconómicos, por lo menos desde la década de los años ochenta del siglo pasado, como reducción o estancamiento del fondo salarial global. Una de las formas de ver este efecto es en la mayor concentración del ingreso, pues aumenta la parte de quienes están ubicados en los deciles superiores, conformados en lo fundamental por los propietarios de los medios de producción, con detrimento del ingreso que corresponde a los deciles

²⁶ Sabogal Tamayo Julián, *Una sociedad buena*, La República, 23 de febrero de 2001, p. 4A

inferiores, en donde se encuentran los trabajadores. Concentración que se agrava con la precarización del mercado laboral, lo que ha llevado a que ahora en los sistemas de cuentas nacionales sea difícil identificar el monto pagado, pues cambia la denominación del salario y la forma de pago. Esta brecha también explica el creciente incremento relativo del excedente social y ayuda a entender el aumento en la productividad del trabajo (más unidades de producto por unidad de trabajo). En consecuencia, esto podría llevarnos a decir que en el capitalismo contemporáneo el movimiento cíclico de la actividad económica no obedece en realidad a un exceso de producción (oferta) sino a un defecto de consumo (demanda). Por tanto, la verdadera causa de la crisis es el evidente subconsumo de sectores muy amplios de la población.

Aunque no se haya avanzado mucho en la discusión al respecto, es evidente que la salida de esta crisis sistémica implicará transformaciones sustanciales, no previstas por los teóricos del sistema. Una de esas transformaciones eventuales, que ha de ser producto de un *pacto político y social*, es la *recomposición a fondo del ingreso nacional*

en la mayoría de los países, en especial en los pobres, para que aumente, en poco tiempo y en términos significativos, la participación relativa de la remuneración al trabajo, en modalidades decentes, como las denomina la Organización Internacional del Trabajo –OIT-, de manera tal que millones de hogares que están al margen del mercado puedan convertir su aplazada demanda potencial en demanda efectiva. Hay que reivindicar *el derecho de los pobres al consumo necesario*, esto es, el consumo de bienes y servicios que permitan unas condiciones de vida modestas pero dignas, conforme como corresponde al avance científico-técnico accesible, sin las exageraciones y despilfarro que caracteriza al consumismo de las elites irresponsables. Es posible que esa sociedad transformada no termine llamándose capitalismo, el que a su vez es hoy muy poco parecido al que existía, por ejemplo, hace uno o dos siglos.

Mientras muchos dirigentes estatales y teóricos e investigadores en ciencias socio-económicas proponen fórmulas rebuscadas para salir de la crisis, es posible encontrar soluciones más sencillas y directas. Con base en un ejercicio sobre la realidad colombiana, puede demostrarse que si disminuyese en

10% el monto actual del excedente bruto de explotación (ganancia total del sistema empresarial) y se trasladase al consumo de los hogares, con énfasis hacia el 60% de los hogares más pobres, y suponiendo que esa transferencia afectase la inversión reproductiva y no el consumo de los hogares ricos, la inversión total se mantendría dentro del margen que la teoría clásica del crecimiento económico considera aconsejable, alrededor de una cuarta parte del PIB, pero podría mejorar la capacidad adquisitiva de esos hogares más pobres en cerca de una cuarta parte, o sea su ingreso aumentaría alrededor del 25%.

Por tanto, no sólo es apropiado sino factible recomponer el ingreso nacional para incrementar el consumo relativo y absoluto de los hogares, en especial de los hogares pobres, sin que la porción acordada –en el ejemplo un 10% del excedente bruto de explotación-- signifique que los propietarios de los medios de producción entren en bancarrota o vean disminuir en forma exagerada o no vista en otros países, su participación relativa. Esta alternativa no sólo permitiría disminuir el desempleo y mejorar el subempleo o informalidad, sino que no tendría ningún riesgo inflacionario,

como si es previsible con las fórmulas keynesianas, ya que no se afectaría el volumen físico de la producción (valores de uso de los bienes y servicios), ni su precio final (valor de cambio de la oferta total de bienes y servicios).

* Miembro fundador y de número, coordinador de la Comisión sobre Problemas del Desarrollo y vicepresidente de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas; miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España; PhD en economía (summa cum laude) de la Escuela Superior de Economía de Berlín y doctor en ciencias económicas de la Universidad de Rostock (Alemania); director del Observatorio sobre Desarrollo Humano y profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Colombia; profesor visitante de postgrado en varias universidades; autor de 10 libros, 14 folletos y más de 200 ensayos y artículos científicos publicados en Colombia y el exterior; coautor en 18 libros.

REFERENCIAS

Recuérdese, por ejemplo, el texto de Pierre Vilar titulado *Crecimiento y Desarrollo*, publicado por primera vez en Paris en 1964

y luego en varias ediciones en español por Planeta-Agostini de Madrid. Un aporte pertinente en esta distinción, se encuentra en el libro del académico colombiano Rubén Darío Utría, *El desarrollo de las naciones. Hacia un nuevo paradigma*, Sociedad Colombiana de Economistas, Bogotá, 2004. También puede verse, del autor de esta ponencia, su libro *La salida: Un nuevo modo de desarrollo humano para la paz*, Aurora, Bogotá, 2001.

Diccionario de la Lengua Española. Vigésima segunda edición. Espasa, Madrid, 2001, pp. 460, 515 y 583

Hasse H. Rolf, Schneider Hermann y Weigelt Klaus (editores), *Diccionario de Economía Social de Mercado*, Fundación Konrad Adenauer, México, 2004. p. 113.

Varios. *Diccionario de Filosofía*. Progreso. Moscú, 1984. p. 111

RACHKOV, Vitali. *El progreso social y la previsión científica*, en Varios. *Civilización, Ciencia, Filosofía*. Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1983, p. 219

Recuérdese que crisis, vocablo que proviene del latín *crisis* y del griego *κρίσις*, en estos idiomas significaba mucho más que la idea estrecha que hoy expresa; en griego significaba discernir, escoger, distinguir,

tener ojos críticos; también tiene relación con verbos como acrisolar y purificar. (Tomado de Frei Betto, *Mi nombre es crisis*, documento recibido por correo electrónico el 2 de diciembre de 2008 y proveniente del Servicio Informativo ALAI-Amlatina).

Sen Amartya, *Desarrollo y libertad*. Planeta, Bogotá, 2000, p. 19

Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo –PNUD-. *Desarrollo humano: Informe 1992*, Bogotá, Tercer Mundo, 1992, página 19

Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo –PNUD-. *Informe sobre desarrollo humano 2000*, página 19 (Tomado de la página de internet www.undp.org)

Esta distinción se aparta de la propuesta presentada por Robert Solow a mediados del siglo 20 (típica del pensamiento neoclásico) que plantea que los «motores» del crecimiento son la acumulación de capital, el incremento de la población trabajadora y el aumento de la productividad multifactorial. (Véase el muy mencionado artículo *A contribution to the theory of economic growth*, en *Quarterly Journal of Economics*, vol. LXX, No. 1, 1956). En este sentido, Solow mezcla

«fuentes» con «motores», pues mientras la acumulación de capital es una «fuente», ya que supone el consumo de una producción anterior, la población trabajadora y la productividad si son «motores», pues por si mismos no pueden mantener el crecimiento constante en el tiempo, pero si mejorarlo o acelerarlo.

Posible, en cuanto el Diccionario de la Lengua Española (vigésima segunda edición, p. 1534) define utopía como “Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”. Si bien la etimología más aceptada de la palabra utopía se vincula con las expresiones griegas oú «no» τόπος «lugar»: lugar que no existe, en las anotaciones de pie de página que trae la edición de Utopía de Thomas More revisada por Ralph Robynson (Ediciones Folio, Barcelona, pág. 120) se dice que también puede provenir de εύ «bueno» o «feliz», por lo que podría significar lugar bueno o feliz o tierra de la felicidad, que también es la idea que transmiten diversos textos de la época griega.

Engels Federico, *AntiDüring*, Grijalbo, México, 1962, p. 104

a.n.e. = Antes de nuestra era, contada a partir del nacimiento de Cristo, aunque hay

discusión sobre la fecha exacta. El signo de ? indica que no hay seguridad sobre el año.

Bolívar, Simón. *Obras Completas. (Compilación de Vicente Lecuna). Tomo V.* Reimpresión de Ecoe editores, Bogotá, 1979, pp. 339 y 340

Cita tomada del editorial del diario Portafolio del 7 de febrero de 2006, en donde se transcriben frases pronunciadas en el Hay Festival, realizado en enero de ese año en Cartagena (Colombia).

El secreto de la felicidad nacional, página de The Wall Street Journal en El Tiempo, 13 de octubre de 2004, p. 1-17

Bhután y la búsqueda de la felicidad nacional, Boletín del FMI, año 2005 (5 de septiembre), p. 262

Silva Salamanca Julio M. y Hernández Iván Darío, *Sea F la función de felicidad*, Universidad Nacional, Facultad de Ciencias Económicas, Bogotá, 1992, p. 19

El Tiempo, 27 de diciembre de 2000, pp. 1-11

Tomado de Portafolio, 27 de septiembre de 2001, p. 32, reseña sobre el trabajo de Alberto Alesina, Rafael Di Tella y Robert MacCulloch, *Inequality and Happiness: Are Europeans and Americans Different?*, NBER Working Paper N° 8198.

Revista Dinero, 30 de marzo de 2001, p. 18

Revista Dinero, 27 de abril de 2001, pp. 44-50

Revista Dinero, 27 de abril de 2001, p. 46

El Tiempo, 10 de mayo de 2001, pp. 2 y 11

Al respecto puede verse el artículo *Felicidad: La evolución como categoría científica y la relación con el desarrollo*, revista de la Información Básica, DANE-CANDANE, Bogotá, volumen 3 No. 1, junio de 2008, pp. 62 a 77, que resume la investigación del mismo título, realizada por el Observatorio sobre Desarrollo Humano con el patrocinio financiero del DANE. La investigación tuvo como investigador principal a Julio Silva-Colmenares y como investigadores auxiliares, por parte de la Universidad Autónoma de Colombia, a Lilia Stella Quintero Mahecha, economista, especializada en Gerencia Financiera, magíster en Filosofía y profesora de las universidades Autónoma e Incca de Colombia, y por parte del DANE, a Diana Stella Contreras Suárez, economista, cursante de la Maestría en Economía de la Universidad Nacional de Colombia, analista profesional en el DANE y coordinadora del grupo de apoyo a la investigación; Claudia Yanira Hernández Villamizar, psicóloga, especialista en

Comunicación Organizacional y en Aprendizaje Autónomo y analista profesional del DANE, y Lina María Fajardo Suárez, economista y analista profesional en el DANE.

Sabogal Tamayo Julián, *Una sociedad buena*, La República, 23 de febrero de 2001, p. 4A